

sía y grandeza de nuestro pasado y que me enseñó con ello a amar a mi patria» (370). Y es que entre los escritores del Principado ya existía una conciencia del protagonismo de Balaguer en la propagación de la literatura, cultura y lengua catalanas. Desde París le escribe el ensayista barcelonés, Pompeu Gener i Babot, anunciándole la aparición de un artículo suyo sobre las letras catalanas en el cual Balaguer «figurará en primera línea» (263).

A la vez, las cartas delatan la influencia y prestigio de Balaguer fuera del contexto catalán. Esto se percibe en la carta 506 en la cual José Pérez Ballesteros, escritor y recopilador del cancionero popular gallego, le manifiesta las aportaciones de la *Renaixença* al *Rexurdimento*: «En Galicia admiramos y procuramos imitar á los modernos trovadores catalanes» (410). También en Asturias se tienen en cuenta los conocimientos de Balaguer, como se comprueba en una serie de epístolas (93-122) en las que el catedrático ovetense, Fermín Canella, le pide su opinión sobre varios estudios relacionados con el bable, su gramática, y la literatura escrita en ese dialecto.

La organización onomástica de las cartas es un acierto, ya que facilita su lectura y establece ciertos núcleos temáticos. Quizá hubiera convenido que también se proporcionase el orden cronológico de su redacción, cosa que se hace solo dentro de la correspondencia de cada remitente.

Aparte del ya mencionado rigor crítico de Miralles, el mérito principal del libro es que hace asequible todo un fondo documental que previamente solo estaba disponible en la Biblioteca-Museo. Los interesados en Balaguer encontrarán aquí una fuente importante de trabajo, coordinada por uno de los especialistas del diecinueve más consagrados.

University of New Hampshire

DIONISIO VISCARRI

Santiago Álvarez, *Historia Política y Militar de las Brigadas Internacionales. Testimonios y Documentos*. Compañía Literaria, Madrid, 1996, 483 pp.

El autor recoge en esta obra voluminosa un selecto puñado de recuerdos personales en forma de anexos, ya que tiene el honor de haber sido comisario político del V Cuerpo durante la Guerra Civil Española. En forma de documentos, cartas de ex-brigadistas y un doble homenaje, el de 1984, y el último de 1996, Santiago Álvarez trae a la memoria los eventos fundamentales de la presencia en España de los voluntarios internacionales.

El libro, con 17 capítulos, más un índice onomástico y toponímico, estudia la creación (cap. 5), número y origen (cap. 7) de los brigadistas para centrarse posteriormente en un estudio detallado de los voluntarios por su procedencia. A los soviéticos (cap. 8), polacos (cap. 9) y suizos

(cap. 10) les dedica páginas especiales, así como a la memoria de los médicos y enfermeras que trabajaron en las Brigadas Internacionales. Si el autor aparece en una foto tomada en enero de 1938 entre Enrique Líster y Vittorio Vidali después de ser relevada la XI División en Teruel-Segorbe (p. 155), reaparece más adelante con Rafael Alberti en los días del homenaje a los brigadistas en 1986 (p. 425), Santiago Álvarez es pues historia viva, historia oral o sencillamente parte de la historia.

Su enfoque de los brigadistas es personal, epistolar y uno aprecia que cuando recorre la geografía española con el recuerdo, lo hace también con el corazón. Si antes fue comisario político en el frente, ahora moviliza a los venerables supervivientes para exigirles un recuerdo escrito, p.e., al camarada Pietro Pavanin le arrancó del olvido además de una fotografía con los rostros de los integrantes de la centuria Gastone Sozzi, sus impresiones personales (p. 127). Este procedimiento de intercalar cartas al autor, al camarada en el combate, proporciona una lectura viva, con continuos testimonios de compañeros o amigos de los frentes.

La existencia de un material fotográfico excepcional, procedente del Archivo del Partido Comunista de España, ofrece un complemento sugerente a la lectura de anexos muchas veces prolijos en el detalle histórico o geográfico.

Los capítulos 14, 15 y 16 los dedica Santiago Álvarez al homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales y a la antología de un cancionero. De nuevo el autor realiza malabarismos con la historia porque si en el Acto de despedida de las Brigadas en 1938 afirmaba: «A vosotros, queridos hermanos internacionales, expresión fiel de la solidaridad de todos los pueblos con nuestra lucha de independencia nacional, os dedico estas líneas...» (p. 343), en el presente cumple su promesa, no sólo con la pluma, sino también con su compromiso fraternal de haber organizado en España una fiesta internacional en su honor con motivo del 60 aniversario. El capítulo 17 recoge los testimonios de los brigadistas internacionales veteranos entre 1995-1996, donde hay también lugar para el poema del ex-prisionero Frank J. Blackman «El canto de un ruiseñor», sobre el campo de concentración de San Pedro de Cardeña en 1938:

«El canto de un ruiseñor en una noche española,
despertó a un prisionero de guerra,
¿Quién canta y cuál es su intención,
apreté mi cabeza contra los barrotes,
podría estar cantando a un compañero cercano?» (p. 437).

Al tiempo que estos versos recuerdan las penalidades de la guerra, muchos otros nos solidarizamos con estos románticos visionarios para que recibieran en España en 1996 el homenaje y el puesto que les corresponde en nuestra Historia reciente; Gabriel Jackson en su artículo «La visita a España de los brigadistas» (*El País*, 28.9.1996) señalaba las

dificultades técnicas de la fiesta-homenaje, por mi parte publiqué en el mismo diario un homenaje a la voluntaria y pacifista noruega Nini Haslund Gleditsch (*El País*, 28.9.1996) quien falleció durante ese verano.

El libro incluye también un Apéndice de la investigadora Mirta Núñez sobre la Prensa de las Brigadas Internacionales (pp. 441-452), parte de un estudio más amplio sobre el mismo tema.

En conjunto esta obra de Santiago Álvarez, que en ocasiones redunda en tesis históricas ya consolidadas sobre los brigadistas, aporta una dimensión personal, vívida, un acopio espistolar no «sobre la guerra» sino «al autor, al camarada», así como una antología fotográfica únicos. Santiago Álvarez dedica con su libro un homenaje humano, histórico y colectivo que permite además profundizar en aspectos desconocidos hasta ahora, descubrir rostros y nombres de aquellos héroes del pasado/presente. No cabe duda de que la contribución de Santiago Álvarez resulta de lectura obligada a los hispanistas estudiosos de la Guerra Civil Española.

Alesund College, Norway

AITOR YRAOLA

Solange Hibbs-Lisorgues, *Iglesia, prensa y sociedad en España*, Alicante: Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», 1996, 462 pp.

El presente libro estudia el complicado panorama de las relaciones de la Iglesia española con el Estado, y de la enconada lucha que tuvo lugar entre los católicos intolerantes y los partidarios del aperturismo, y que se dirimió sobre todo en la prensa. Un tema muy complejo por la cantidad de factores diversos que tener en cuenta en un largo proceso y que la profesora Hibbs-Lisorgues desentraña aquí con un acierto que revela su profundo conocimiento de la historia eclesiástica y política de España.

Con el progresivo deterioro de las relaciones entre Pío IX y el gobierno italiano el catolicismo adoptó una postura cada vez más defensiva frente al liberalismo. A ella contribuyeron factores tan diversos como: 1) la «cuestión romana», nombre dado al proceso que acabó con el poder temporal del Papa; 2) la publicación del *Syllabus de Errores* (1864), un compendio sistemático de todos los errores de la sociedad liberal moderna, que llegó a tener fuerza de dogma para los católicos 'íntegros', y constituyó el núcleo a partir del cual se elaboró el integrismo español y europeo. Iba acompañado de la encíclica *Quanta Cura*, que condenaba terminantemente el racionalismo, el liberalismo y el socialismo; 3) el reconocimiento del Reino de Italia por Isabel II en 1865; 4) la Revolución del 68, seguida de un Gobierno Provisional, no reconocido por Roma, que dio lugar poco después a la subida al trono de Amadeo I, «el hijo del carcelero del Papa». Tales hechos resultaron beneficiosos para unir a neocatólicos y carlistas, cuyo militantisismo fue compartido por la mayoría de los católicos; y finalmente, 5) la celebración del Concilio Vaticano I (1870), en el que se definió la infalibilidad pontificia.